

Ricardo Aronskind

Populismo neoliberal, o el arte de armar coaliciones antinacionales

Ricardo Aronskind

Economista. Investigador y docente,
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires

En general en economía el adjetivo “populista” hace bastante tiempo que es una palabra desprestigiada, cargada de connotaciones negativas. El populismo en economía es rechazado en base a dos grupos argumentales diferentes.

En las **visiones más conservadoras** de la economía y la sociedad, el populismo incluye toda acción que tenga que ver con transferir ingresos de los ricos a los pobres. Todo intento redistributivo es populismo. Es populismo, por ejemplo, cobrar retenciones a las exportaciones agropecuarias, o instalar un impuesto a las rentas financieras, o controlar el incremento del precio de productos de alto consumo popular. Es más: asistir a sectores que están en la más abyecta miseria hace sospechosos a sus autores de tentaciones populistas.

A este peculiar listado se agrega, desde el discurso acuñado en los países centrales, cualquier intento de reconstituir la soberanía nacional en países periféricos, en tanto las grandes empresas agregan al listado de “políticas populistas” a toda iniciativa de fortalecimiento estatal o de mayor regulación pública sobre comportamientos “libres” del sector privado.

A esta visión del tema no nos vamos a referir, dado el ideologismo que la anima, y la transparencia de su función política.

Pero conviene señalar que es una idea fuertemente instalada en la sociedad argentina, sobre todo en sectores dirigentes. Preocupa menos la inconsistencia de la definición, que el poder real de los que “creen” en ella.

La **segunda versión**, que parece más sofisticada,

es la idea que las políticas populistas, si bien pueden tener objetivos encomiables —redistribuir, mejorar, igualar, aumentar la equidad social— son indefectiblemente *malas políticas económicas*, porque no saben redistribuir, no son capaces de crear un esquema económico **sustentable** que permita hacer una redistribución que termine generando una sociedad más equitativa. Según esta mirada, los experimentos populistas terminan indefectiblemente mal.

La idea expresada en diversos artículos producidos en Latinoamérica sobre las experiencias populistas —y que, típicamente, se refieren a Perón, Allende, Alan García— es que estos intentos sólo constituyen frustraciones colectivas. En estos artículos encontramos una especie de radiografía muy general de cómo es un proceso populista típico: comienza con aumentos salariales masivos, control de precios, intervención del Estado para subsidiar alimentos, tipo de cambio relativamente atrasado para abaratar importaciones y contener los precios, lo que lleva a fricciones parciales con sectores propietarios, sean agrarios, empresas multinacionales, o capital concentrado local.

Este paquete de medidas termina indefectiblemente en una caída vertical de la inversión, un proceso inflacionario acelerado —por *boicot* empresarial o por la imposibilidad del aparato productivo de responder al incremento de la capacidad adquisitiva de la población—, cuellos de botella externos donde la economía no es capaz de exportar, en tanto se importa demasiado. Finalmente, se agotan las reservas de divisas